

TEMA 10. EL FRANQUISMO: DESARROLLISMO E INMOVILISMO (1959-1975)

10.1. El fin del aislamiento

La Asamblea General de la ONU revocó en febrero de 1950 por 38 votos a favor 10 en contra y 12 abstenciones la repulsa diplomática que había impuesto a España en 1946, lo que sería el paso previo, y en la práctica el fin del aislamiento, a su definitivo ingreso en la ONU en 1955.

A principio de la década había comenzado la Guerra de Corea, primer enfrentamiento armado de máximo relieve, aunque indirecto, entre las dos potencias, -antes EEUU había asistido a Grecia con armamento y financiación en contra de la guerrilla comunista- y con ella se desata definitivamente la llamada Guerra Fría que durará 40 años.

La nueva situación internacional beneficia a la España anticomunista de Franco que, estando al oeste del telón de acero que divide Europa, además de disponer de una situación privilegiada en el Mediterráneo, no pasa desapercibida para los halcones del Pentágono norteamericano, alertas ante cualquier posible ventaja geoestratégica contra su enemigo.

Además, la mentalidad práctica del capitalismo norteamericano consideraba que España podía ser un mercado interesante según se iba confirmando la estabilidad política del Régimen.

Lo más importante respecto a la política exterior española es que para salir del ostracismo internacional, ya no se mira a Europa, que es fría y hasta hostil, sino a EEUU, y el cambio de actitud de este país hacia España, que no es ni lineal ni constante, sometido a presiones de diferente signo y a intereses contrapuestos, como los de los 'halcones' de defensa que interpretan el asunto español en clave de guerra con la URSS.

España pasa definitivamente página de su política durante la Segunda Guerra Mundial y de su afinidad ideológica con los vencidos, un camino que se acentúa durante la década que comienza y que culmina en febrero de 1955 con el ingreso en la ONU.

10.2. Las transformaciones económicas: de la autarquía al Plan de Estabilización y al desarrollismo

El evidente fracaso del modelo autárquico llevó a que desde los inicios de los años cincuenta se produjera un giro en la política económica.

Se aplicó una liberalización parcial de precios y del comercio y la circulación de mercancías. En 1952 se puso fin al racionamiento de alimentos.

Estas medidas trajeron una cierta expansión económica. Finalmente, en 1954 se superó la renta por habitante de 1935. Se ponía fin a veinte años perdidos en el desarrollo económico español.

La guerra fría y el consiguiente cambio en la política internacional norteamericana propiciaron que desde 1951 comenzara a llegar ayuda económica norteamericana. Aunque inferior a la recibida por los países beneficiarios del Plan Marshall, esta ayuda permitió importaciones de bienes de equipo imprescindibles para el desarrollo industrial.

El incipiente desarrollo trajo, sin embargo, una fuerte inflación que propició un fuerte malestar social. La necesidad de reformas estructurales en la economía era evidente. Finalmente, Franco, tras veinte años de políticas económicas nocivas, permitió la entrada en el gobierno en 1957 de un grupo de tecnócratas del Opus Dei. Estos nuevos ministros diseñaron el giro definitivo en la política económica: el Plan de Estabilización de 1959.

Este plan trataba ante todo de liberalizar la economía, acabando con el período autárquico e intervencionista. Se recortó el gasto público y disminuyó el intervencionismo del estado, a la vez que se abría la economía al exterior, devaluando la peseta y liberalizando las inversiones extranjeras.

Las consecuencias se apreciaron en poco tiempo. A partir de 1961, tras reducirse el déficit del estado y recibir abundantes inversiones del exterior, España inició un acelerado crecimiento económico.

El período 1961-1973 vino marcado por un rápido crecimiento industrial y del sector servicios. La apertura económica al exterior provocó un verdadero aluvión de inversiones extranjeras que llegaron atraídas por los bajos salarios.

El desarrollo industrial desencadenó una intensa emigración de mano de obra campesina hacia las ciudades y hacia Europa. A la vez que la agricultura se modernizaba, amplias zonas del interior quedaban desertizadas.

En el terreno comercial, España alcanzó un superávit en su balanza de pagos. El tradicional déficit de la balanza comercial se vio compensado por los ingresos procedentes del espectacular desarrollo del turismo, las inversiones extranjeras y las remesas enviadas por los emigrantes en Europa.

Para tratar de encauzar el crecimiento económico, el gobierno aprobó a partir de 1963 varios Planes de Desarrollo. Basados en los incentivos fiscales y en las ayudas estatales tuvieron un resultado bastante inferior al previsto. La economía siguió creciendo, pero la planificación no funcionó. El mejor ejemplo fue el creciente desequilibrio entre las diferentes regiones del país.

En definitiva, el período 1961-1973 estuvo marcado por un gran desarrollo económico, inserto en un marco general de expansión europea y mundial. Ese contexto exterior favorable permitió abundantes inversiones extranjeras, una masiva llegada de turistas y la eliminación del paro mediante la emigración a Europa.

10.3. Conflictividad social y oposición política

La dictadura franquista dedicó una gran atención a la conflictividad social y política, que experimentó un continuado crecimiento a lo largo de los años 60 y 70, porque fue muy consciente de la erosión que le causaba y de la amenaza que implicaba para su futuro. Acertó, con frecuencia, en el diagnóstico de los problemas que alimentaban el disenso, pero las sucesivas tentativas de "encauzar" dentro del "orden" franquista las demandas de sectores crecientes de universitarios, obreros, intelectuales y profesionales, acabaron en fracasos sin paliativos.

Al mismo tiempo, pese al constante recurso a la represión, el régimen fue incapaz de evitar el crecimiento de la oposición política y, además, se vio abocado a un conflicto irresoluble con la Iglesia conciliar.

Todo ello contribuyó decisivamente a que, a mitad de los años 70, el franquismo fuera un régimen políticamente debilitado hasta la fragilidad, aunque conservara un formidable poder coercitivo.

El primer y más importante desafío al que tuvieron que hacer frente los gobiernos franquistas fue el retorno de la conflictividad obrera que arrancó con la huelga minera de Asturias de 1962, produciéndose a partir de entonces una progresiva politización debido a la persistente represión policial contra sus actuaciones y a la total negativa de las autoridades a legalizar los derechos de huelga, manifestación y libre asociación sindical ya que la Organización Sindical franquista siguió siendo el único «sindicato» permitido, de afiliación obligatoria para todos los trabajadores.

Este nuevo movimiento obrero se formó en torno a las «comisiones obreras» que surgieron espontáneamente para negociar directamente con los patronos los convenios colectivos al margen de la Organización Sindical oficial, y que después llegaron a configurar todo un movimiento político-sindical, que aprovecharía las elecciones sindicales oficiales de 1966 a «enlaces» y «vocales jurados» para extenderse y consolidarse. El régimen franquista acabó prohibiéndolo al año siguiente al considerarlo «una filial del Partido Comunista de España».

Un segundo frente del que tuvo que ocuparse el régimen fueron las protestas estudiantiles en la Universidad que se extendieron a lo largo de la década, y fueron la prueba del fracaso cultural e ideológico del franquismo. «La respuesta del régimen a esa disidencia ideológica y cultural fue una represión creciente (sanciones, expulsiones, detenciones, torturas, cierres de facultades y universidades...) que alienó aún más a la población universitaria respecto del franquismo».

Las movilizaciones universitarias de 1965 —que consiguieron el apoyo de algunos catedráticos, como José Luis López Aranguren, Enrique Tierno Galván y Agustín García Calvo, que fueron expulsados de la Universidad de Madrid por esa causa— forzaron la disolución del SEU —que ya estaba herido de muerte desde los sucesos de 1956, y dieron nacimiento a nuevos grupos estudiantiles libres y declaradamente

antifranquistas —el de mayor implantación en Madrid y Barcelona fue el Sindicato Democrático de Estudiantes Universitarios—. Los sucesos estudiantiles de 1969 llegarían a provocar la proclamación del estado de excepción en toda España por dos meses.

También resurgieron las reivindicaciones culturales y políticas en Cataluña y en el País Vasco. El acto de protesta que suele señalarse como el inicio del renacimiento del nacionalismo catalán fueron los sucesos del Palau de la Música que tuvieron lugar en mayo de 1960 durante un concierto al que asistían varios ministros y durante el cual gran parte del público cantó un himno patriótico catalán que estaba prohibido.

En este contexto de creciente conflictividad obrera, estudiantil, eclesiástica y regional, se produjo el fin de la «travesía del desierto» de la oposición antifranquista. Los partidos y organizaciones obreras (PSOE, UGT, CNT, PCE) se reconstruyeron en el interior —no así los partidos republicanos que sólo existían nominalmente en el exilio—. Entre aquellos, el que tuvo más éxito fue el Partido Comunista de España (PCE) que se convirtió en el grupo más activo, mejor organizado y con mayor militancia de toda la oposición antifranquista.